El espejo de la pena lorquiana - El Mundo - 30/11/2019

PARA NO PERDERSE... | RECITAL POÉTICO

El espejo de la pena lorquiana

'ROMANCERO GITANO', DE FEDERICO GARCÍA LORCA. DIRIGIDO POR LLUÍS PASQUAL.

Intérpretes: Nuria Espert, voz e interpretación. / Paranimf de la Universitat Jaume I (UJI) de Castellón. 28 de noviembre de 2019.
Calificación: ★ ★ ★ ★

DANIEL VICENTE CASTELLÓN

El verso es el mejor de los amantes. Te desnuda, sin arrancarte un solo movimiento, sin pedir nada a cambio. Si acaso, que le entregues algo tuyo todavía mucho más íntimo. Bajito. Calladito. Una arroyo de sangre impregna la luz roja de los focos sobre Nuria Espert, gran dama del teatro español, que consiguió abarrotar el jueves las más de 650 plazas del Paranimf de la Universitat Jaume I, con su inconfundible *Romancero gitano*. Su particular homenaje a Federico García Lorca, el poeta de la muerte según muchos (el «de el amor», según la actriz), no puede explicarse. Solo se puede sentir.

Penetras en el patio de butacas con el abrigo en la mano. Cuando culmina el recital, magistralmente dirigido por Lluís Pasqual, compañero de Nuria Espert en este vehículo emocional, te han despojado de muchas más prendas. Como le sucede a *Doña Rosita la soltera* al pasar de los años y sin tener buenas nuevas de su primo y enamorado, irrevocablemente casado.

Espert no necesita adornos. Se basta de siete butacas en escena para poner voz a la luna. A la sangre. A las tres *Andalucías*. A sus recuerdos. A los tuyos y a los míos. Confiesa que de niña su padre le copió el *Romance de la luna* –pieza con la que arranca el espectáculo– en un folio en blanco. Es difícil amar la poesía si el intacto niño interior que habita en ti no entiende de versos. Yo me crié con Gloria Fuertes y cuando la supe fallecida, lloré. Son muchos años sin Lorca, pero el jueves volvió a la vida en los labios y los gestos de Espert. Incluso a veces habla en su nombre. «En mi obra *Bodas de sangre*...», dice. Desgrana conversaciones del poeta andaluz con Rafael Alberti. Por un momento, el vaivén de sombras entre bambalinas me hace pensar que Nuria ha conseguido traer a Lorca a la *caja negra* de la UJI.

Vestida de riguroso luto y alternando el catalán y el castellano –su habilidad para interpretar en ambas lenguas le valió el premio Princesa de Asturias de las Artes en 2016–, Espert arranca lágrimas y risas a los asistentes. A sus 84 años de edad, Nuria hace de madre coraje; niña desesperada; amigo preocupado; solterona esperanzada; mujer infiel.

Espert: «Lorca podía llegar a ser un hombre muy temeroso, según sus amigos»

Comienza tímida, si es que eso es posible para alguien de tan vasta trayectoria, asegurando que cuando «hablo delante de tanta gente me siento desnuda», pero lo resuelve pronto calificando de «amigo» al público y convirtiendo el Paranimf en su «habitación». La diva ya lo advirtió; el recital que iba a comenzar era «carne» suya.

No hay escapatoria. Espert insiste durante en recital en la pena que exhala el *Romancero gitano*. «*La pena que se filtra en el tuétano de los huesos y en la savia de los árboles*». No la angustia; no el dolor. La pena que «no te impide sonreír», pero que se siente. Esa pena de no saber por qué la tienes. Todos somos Nuria por un momento. Todos somos Lorca. España al completo es, por un momento, protagonista de los versos que la actriz recita.

El transcurso de la vida, a veces demasiado acelerada, que no permite reflexionar sobre las emociones que pasan sobre nosotros. A ese drama, pone un punto y final el *Romancero gitano*, pues las lágrimas contenidas (y sin contener) y las uñas carcomidas evidencian que Espert ha conseguido su objetivo: parar por un momento el mundo, arrancarnos las capas –y no me refiero a las capas de ropa– y obligarnos a mirar dentro de nosotros mismos. Qué difícil nos resulta.

La actriz Nuria Espert, durante la representación en el Paranimf. DAMIÁN LLORENS

No importa qué encontramos ahí. El propio Lorca desconocía cómo era a veces pues, tal y como explica la intérprete, sus amigos decían que, pese a su seguridad, «podía ser alguien lleno de temores, hasta el punto de que cuando cruzaba la calle necesitaba ir del brazo de alguien». Creo que tanto el hombre que se sentó a mi lado, como la mujer que estaba más arriba, o la joven que asistió con su novio al recital reconocen en estas palabras uno de sus principales ladrones de sueño. El pensamiento de: «¿Será que esta ambivalencia de mi personalidad significa que estoy loco?» No señores. No lo están.

No puede faltar un guiño a las mujeres. *Mariana Pineda*, la aguerrida madre de *Bodas de sangre*, *Yerma*... Cada uno de estos personajes, a los que Espert recurre, poseen un pedacito de Lorca, que de amores y desamores tejió su extensa obra.

Trotes de caballo, guitarras, tambores... La ambientación andaluza colma el Paranimf en la hora que duró el recital, con una Nuria Espert desgarrada, divertida, danzarina y cercana a partes iguales. Los aplausos no cesan al final. Todo y pese a la soledad a la que nos abocan los versos de Lorca. Porque la poesía, a diferencia del teatro donde todo se comparte, «necesita la soledad». No sé si será cierto aquello de que cuando sales de un recital, lo haces siendo mejor persona. Pero no albergo dudas de que, por unos minutos, todos nos vimos obligados a indagar en nuestro corazón y sangre. Y así es como Nuria consiguió ponernos delante del espejo de la pena lorquiana. De la belleza hecha versos.